
El Pecado Original

Leopoldo Alas "Clarín"

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7982

Título: El Pecado Original

Autor: Leopoldo Alas "Clarín"

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 4 de marzo de 2023

Fecha de modificación: 4 de marzo de 2023

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Pecado Original

Ya iban á darle garrote, cuando extendió una mano hacia el público, indicando que quería hablar.

El verdugo no tuvo inconveniente en suspender por un momento su penosa tarea, porque aquel pobre señor no le había dado nada que hacer, y le era simpático, como al pueblo entero que presenciaba la ejecución, y como lo había sido al Tribunal y á cuantos habían intervenido en la causa famosa que le llevaban al suplicio.

Era un ilustre sabio naturalista, que había descubierto infinidad de cosas útiles para la humanidad y para la ciencia, sin meterse jamás en honduras metafísicas sobre lo que era ó no era la materia, ni en si había alma ó dejaba de haberla. Había matado á su mujer y á la nodriza de su unigénito en un momento de alucinación. Los médicos se habían empeñado en demostrar que había obrado como un loco, por un impulso irresistible. Pero don Atanasio, el sabio, se puso furioso con esta interpretación y publicó un manifiesto, desde la cárcel, poniendo de vuelta y media á los doctores y á la escuela antropológica italiana y á cuantos fisiólogos se meten en honduras de derecho y á tergiversarlo todo. «No, señor; venía á decir el manifiesto: he dado muerte á mi cara mitad y al ama de cría en el pleno uso de mis facultades, con toda la libertad, ó lo que por tal entendemos vulgarmente, con que se pueden hacer estas cosas. Me estaban distrayendo con una disputa acerca de unos pañales que había robado ó no la lavandera; yo tenía en la mano un frasco de una materia, invención mía, capaz de prender fuego á medio mundo; se me había olvidado cierta fórmula con la cual yo convertía aquella mezcla terrible en un elixir que aseguraba á la

humanidad una salud de miles de años; y cuando ya volvía la fórmula á la punta de la lengua, al recuerdo, la disputa de los pañales me llevó el santo al cielo, huyó la fórmula... y arrojé el frasco sobre las hembras viles que así robaban á la humanidad la dicha asegurada.—No hubo más que eso; no soy *criminal nato*, ni estoy loco, ni me coje ninguna eximente ni atenuante; y en cambio deben de cojerme por el medio varias agravantes. Con que al palo. Pero que no me den matraca con juicios orales y pamplinas. Tengo más que hacer que defenderme. Voy á pasar los pocos días que me dejen de vida discurriendo, á ver si vuelvo á dar con la fórmula que asegura tantos años de existencia al ser humano. Y dicho y hecho don Atanasio no volvió á pensar en otra cosa. Ni se acordaba de haber asistido al juicio, ni de haber oído la sentencia, ni de haber estado en capilla.

Cuando le sentaron y sintió en la garganta el frío del corbatín de hierro, se estremeció... y en vez de ver las estrellas, vió en el aire, de repente, con los ojos de la imaginación... una fórmula; pero otra, otra mucho mejor, ¡qué fórmula!

* * *

—¡Ya la encontré! ¡Albricias, señores!—gritó adelantándose hacia el público por el tablado adelante.—Que no me maten de ninguna manera; sería una atrocidad: es decir, por ahora. Que me dejen ensayar mi descubrimiento, y después que hagan de mí lo que quieran.

—Pero ¿qué ha descubierto usted?—preguntó el verdugo, que empezaba á temer que aquello fuese una treta.

—¡Pues nada, hijo; he descubierto la inmortalidad del hombre! Pero no la inmortalidad del alma, no; la del cuerpo y el alma juntos; vamos, que he encontrado lo que perdió Adán. ¡Claro! La otra fórmula... era floja, insuficiente; me faltaba... lo del pentóxido de fósforo, y no había pensado en la forma cristalina de la betamethylnaftalina, y en cambio había

metido el ácido amidosulfónico donde no toca pito. ¡Pero, señor, cómo me había yo olvidado de las propiedades cristalográficas de los dos estereoisómeros ácidos alfa-methyl-beta-clorocrotónico, del ácido alfa-dicloro-sigma-dimethylsuccinico! ¡Ve usted qué cabeza la mía... señor... justicia mayor!

El verdugo se dijo;—«Vaya, se ha vuelto loco de miedo.»

Y no sabía qué hacer, si matarlo ó dejarlo. Pero intervino el público, la fuerza, la autoridad, y de explicación en explicación se llegó á telegrafiar al gobierno, consultando lo que se hacía con aquel hombre que juraba haber descubierto la inmortalidad de la vida... mortal, ó *ci devant mortal*, como diría un corresponsal de París.

El gobierno accedió á lo que don Atanasio pedía; á saber, que le oyera una junta de sabios, y que si no les convencía de que era infalible su descubrimiento, se le diese, no ya garrote, sino los mayores tormentos de la inquisición, y que le descuartizaran si querían.

A los pocos días, las Academias de todas las ciencias, menos las morales y políticas, reunidas, publicaban su informe. En efecto, don Atanasio había descubierto el modo de preservar al hombre de la muerte, de toda clase de muerte; pero...

* * *

Pero no *al hombre*, así, en general; no á todos los hombres, sino á uno solo. A uno solo entre los vivos; pero los que éste engendrara serían ya inmortales también.

La idea se le había ocurrido á don Atanasio por la sugestión de ciertas teorías del malogrado filósofo Guyau, que, medio en serio, medio en broma, había hablado de la posibilidad de llegar á tal progreso, que hubiera medios de mantener el equilibrio de los elementos vitales en el organismo en constante renovación. Si la humanidad, pensaba don Atanasio, no ha hecho hasta ahora nada por su inmortalidad, ha sido

culpa del apriorismo metafísico, y después por la dichosa teoría de la evolución, también metafísica, que dice que todo lo que nace muere. «Dejad las preocupaciones tradicionales; dejad á Spencer y demás sabios evolucionistas; empapáos en el profundo sentido de esa biblia natural que se llama el *Origen de las especies* de Darwin, y estaréis en el noviciado de la gran Orden de la inmortalidad; esto decía don Atanasio.—No hay tiempo para explicar aquí por qué lo decía. Tampoco lo hay para dar razón detallada de por qué no podía immortalizarse más que á un hombre y su descendencia. Ello era que los polvos de la madre Celestina, digámoslo así, merced á los cuales se podía conseguir la vida inmortal, eran de tan esmeradísimas, difícil y delicada fabricación, que la humanidad entera tenía que consagrarse, en sacrificio, á producir el elixir misterioso, que era una quinta esencia de cierto jugo vital descubierto por don Anastasio. Se calculó que se necesitaba que todos los millones de hombres que forman los pueblos civilizados y á medio civilizar se dejasen hacer cierta operación dolorosísima, aunque no peligrosa, para sacar la substancia necesaria á producir la inmortalidad de un solo individuo. Además, la tal operación exigía gastos exorbitantes de los Estados en materias químicas, estudios, hospitales *ad hoc*, viajes, comisiones, etc., etc. En fin, un dineral. Cada nación tenía que empeñarse para mucho tiempo.

No importaba; todo se daba por bien empleado. ¿Qué sacrificio no se haría por reconquistar la vida inmortal, perdida á las puertas del Paraíso? La humanidad civilizada y á medio civilizar decidió ganar la inmortalidad para el hombre, costase lo que costase; pero...»

* * *

¿A que gato se le ponía el cascabel? ¿Quién iba á ser el único inmortal entre los vivos, el Nuevo Adán, fundador de la raza de los inmortales?—Algunos sabios empezaron á protestar, diciendo que la cosa no era tan ventajosa como se creía; que era una inmortalidad ontogénica; no filogénica.

—¡Mentira!—replicó don Anastasio,—no se salva sólo un individuo, sino la especie, mediante los descendientes de un individuo.

—Bueno; pero, ¿quién va á ser el afortunado... inmortal?

—¡El Papa!—dijeron unos.

—El Emperador de la China,—dijeron los chinos.

—El Rey de Inglaterra,—dijeron los ingleses.

—Nuestro amo...—gritaron los alemanes.

—El Presidente de la República,—exclamaron los franceses: *et sic de cæteris*.

Los españoles se creyeron llamados á escojer el inmortal, pues don Atanasio, por pura distracción, se había dejado parir en España.

Y aparecieron mil candidatos. ¡Don Alfonso! ¡Don Carlos! ¡Cánovas! ¡Guerrita! ¡Iruñ! ¡Pablo Cruz!

—Señores,—dijo Ferreras desde *El Correo*;—de no ser Sagasta, que casi nos lo había prometido... que sea... el mismo don Atanasio... el inventor.

—¡De ningún modo!—protestó el tribunal de derecho.—Don Atanasio está condenado á muerte y la inmortalidad sería demasiado indulto.

Algunos hombres sinceros que había esparcidos por el mundo, uno aquí y otro en Pekin, se hicieron oír.

—Seamos francos,—decían;—un bien tan grande, tan impensado, tan incalculable como la inmortalidad nadie lo quiere para otro, nadie quiere sacrificarse, sufrir esa terrible operación, gastar su hacienda... para conseguir el tormento de morir sabiendo que pudo ser inmortal. Llegado el instante

de la operación salvadora... nadie se dejaría operar para inmortalizar á otro.

¡Es verdad, pensó la humanidad en silencio!

Algunos hipócritas sacaron á relucir el sofisma paradógico de que el mayor suplicio sería una vida sin fin...

Ahora que se tocaba su posibilidad nadie creía eso; la sed de la vida inmortal se apoderó de todos; se suspendieron los suicidios, callaron los pesimistas, los místicos no pedían la muerte.

—¡A votar! ¡A votar!—gritó el mundo entero.

Se votó por razas, por naciones, por provincias por municipios, por barrios, por calles, por casas, por familias. Y cada raza se votaba á sí propia, y nada más, y cada nación lo mismo, y cada provincia igual; y así hasta llegar al seno de la familia... donde cada cual quería la inmortalidad para sí mismo. Todo fué inútil. En último resultado, cada hombre tuvo un voto: el suyo.

—¡Hay que recurrir á la lotería!—declaró el Congreso de las naciones.

—¡Esa es la fija! la quién Dios se la dé!...—gritó á coro el infinito vulgo.

—¡Inútil!—interrumpieron los pocos hombres sinceros que había en la tierra.

—Inútil la lotería... porque ese premio gordo no se le entregará al agraciado: la humanidad faltara á su palabra: no sufrirá nadie la operación para que se salve un afortunado...

—¡Verdad! ¡Verdad!—reconoció el mundo.—Nadie padecerá martirio por dar á otro la vida inmortal segura, visible, palpable,

—No se piense más en ello; ha sido un sueño. ¡O yo, ó nadie!—declaro cada cual.

Y entonces el tribunal de derecho, que había condenado á don Atanasio, exigió la ejecución de la sentencia.

—Como no ha habido tal descubrimiento, pues no hay modo de llevarlo á la práctica, no hay nada de lo dicho, señor mío...—dijo la autoridad.

Y dieron garrote al inventor de la inmortalidad.

Y los hombres siguieron siendo mortales por la misma causa que la otra vez: por el pecado original.

Porque el *pecado original*, el que priva al hombre de vivir *sin morir*, es el egoísmo, el desamor, la envidia.

Y no el comer fruta verde.

Leopoldo Alas "Clarín"



Leopoldo García-Alas y Ureña «Clarín» (Zamora, 25 de abril de 1852-Oviedo, 13 de junio de 1901) fue un escritor español.

En marzo de 1875, Antonio Sánchez Pérez (no se conoce su biografía) fundó un periódico con el nombre de El Solfeo. El 5 de julio entraron en su redacción unos cuantos jóvenes, entre ellos Leopoldo Alas. El periódico pasó totalmente desapercibido y ni siquiera fue nombrado por los cronistas de

la época. Su director quiso que sus colaboradores tomaran como seudónimo el nombre de un instrumento musical y así fue como Leopoldo eligió el clarín que a partir de ahí sería el alias con que firmaría todos sus artículos. La columna donde escribía tenía el título de «Azotacalles de Madrid» (Apuntes en la pared). El 2 de octubre de 1875, el escritor firmó por primera vez como Clarín, inaugurando el espacio con el verso que el lector puede ver a continuación. De esta forma Leopoldo Alas entró en la vida literaria de la época y desde su columna empezó a lanzar duras críticas llenas de ironía contra la clase política de la Restauración.

Durante los ratos libres que le dejara la cátedra de la Universidad, Clarín escribía artículos para los periódicos El Globo, La Ilustración y Madrid Cómico. Envía a los periódicos de El Imparcial y Madrid Cómico sus «Paliques» satíricos y mordaces que le proporcionarán algunos enemigos adicionales.

En 1881 se publicó el libro Solos de Clarín, que recogió los artículos de crítica literaria. El prólogo es de Echegaray. Ese mismo año, en el mes de octubre publicó en La Ilustración Gallega y Asturiana el artículo «La Universidad de Oviedo», en el que hace un elogio al claustro restaurado y formado por los profesores Buylla, Aramburu y Díaz Ordóñez, entre otros.

A los 31 años de edad escribe Clarín su obra maestra La Regenta. En junio de 1885 salió a la calle el segundo volumen de esta composición del arte literario. En 1886 se edita su primer libro de cuentos con el título de Pipá. En 1889 termina un ensayo biográfico sobre Galdós, dentro de una serie titulada «Celebridades españolas contemporáneas». A finales de junio de 1891, el editor Fernando Fe saca a la luz la segunda novela larga de Clarín: Su único hijo.

En 1892 Clarín pasa por una crisis de personalidad y religiosa en que, según sus palabras, trata de encontrar a su yo y a Dios. Poco después dejó reflejar dicha crisis en su cuento Cambio de Luz, cuyo protagonista Jorge Arial representa al

autor y sus preocupaciones, sus dudas religiosas y su escepticismo filosófico. Clarín define a este personaje como «místico vergonzante». En esta época también colabora con la revista Los Madriles.